

EUGENIA Y LEONCIO

Ó EL VESTIDO DE BAILE



Madama de Palméne, jóven aun, y viuda ya desde algunos años, se dedicaba enteramente á la educacion de una hija única que tenia, objeto de toda su terneza y esmero. Su marido al morir habia dejado muchas deudas, que madama de Palméne no habia podido pagar sino yéndose de Paris, y retirándose á unas posesiones que tenia en Turena, á una legua de Loches¹. El castillo es antiguo y muy espacioso, sus puentes levadizos, sus fósos y torreones recuerdan los siglos memorables de los Duguesclin, de los Bayard, tiempos famosos de la caballería, y que se deberian echar de ménos si la lealtad y esfuerzo de algunos valerosos caballeros pudiesen servir de policia y leyes. Lo interior del castillo correspondia á su exterior. Todo traia á la memoria la noble sencillez de nuestros antepasados. No se veian en él molduras doradas, ni la ridícula profusion de porcelanas, figuras de china y demas adornos de que están llenas nuestras casas modernas; en lugar de estas superfluidades se veian hermosas tapicerías, que representaban los lances mas singulares de la historia. Habia espaciosas galerías, adornadas con retratos de familias, y se descubrian desde las ventanas de estas y de las salas, por un lado un bosque espacioso, y por el otro las amenas riberas del Indro. En este sitio fué en donde Eugenia (que así se llamaba la hija de madama de Palméne) pasó la niñez y los primeros años de su juventud. Allí fué en donde se aficionó á las diversiones del campo, á la vida quieta y retirada. En los hermosos dias de la primavera y

¹ La ciudad de Loches está situada en las riberas del Indro, cerca de un monte elevado. Se ve en esta ciudad un castillo, en donde estuvo preso el cardenal de la Balue. En la iglesia colegiata edificada en el recinto del castillo, está el sepulcro de Agueda Soré. Loches dista cinco leguas de Amboise, pequeña ciudad, célebre por sus manufacturas, y por la conjuracion que aun hoy dia conserva su nombre. Esta última ciudad está situada sobre el Loira.

verano daba con su madre largos paseos, y en lo fuerte del calor buscaban la sombra y el fresco en lo espeso del bosque: en él Eugenia unas veces corria, otras cogia yerbas, de las que su madre le explicaba los nombres y virtudes. Las mas veces daba allí sus lecciones, ó bien oia leer á su madre, y por la tarde dejando el bosque iban á pasearse por las amenas riberas del rio. Luego que Eugenia tuvo ocho años se hizo mas sedentaria. Mil ocupaciones diversas la obligaban á estar en casa; pero se levantaba al amanecer, y se iba á almorzar al parque ó al campo, y por la tarde daba con su madre un paseo de una ó dos leguas. Tenia por compañera en sus diversiones á la hija de su aya. Esta niña, llamada Valentina, tenia cuatro años mas que Eugenia. Era de muy buena índole, de mucha aplicacion, y de buen corazon. Asistia á todas las lecciones que daban á Eugenia, y se aprovechó de ellas de modo, que esta la miró siempre, con razon, no como criada, sino como amiga. Entre tanto Eugenia llegó á los diez y seis años: á esta edad su natural era tan bueno, como sensible su alma. Reunia á la alegría y á las gracias ingenuas de la edad, mucho talento, discrecion, dulzura inalterable, y la mas perfecta igualdad de genio. Su ternura y agradecimiento para con su madre eran sin límites: no pensaba sino en ella todos los instantes de su vida, y aprovechando todos los medios de agradarle, no habia ocupacion alguna que no le fuese grata. Si aprendia algunos versos de memoria se decia á sí misma: *Mamá me los oirá decir con gusto; esta tarde en el paseo se los recitaré; alabaré mi memoria y mi aplicacion.* Si estudiaba el inglés ó el italiano: *¿Cuál será, decia, la admiracion y alegría de mamá, cuando vea que en vez de la hoja que me ha mandado he traducido dos!* Si escribia, dibujaba, ó tocaba algun instrumento, hacia las mismas reflexiones: *Este dibujo adornará el gabinete de mamá; siempre que le mire se acordará de su Eugenia. Esta sonata que ahora estoy aprendiendo, en sabiéndola bien, encantará á mamá, etc.* Esta idea que aplicaba á todo, la hacia mirar con sumo gusto cualquier estudio; le facilitaba todas las dificultades; y hacia que reputase como diversion todas sus obligaciones.

Para acabar de perfeccionar la educacion de Eugenia tomó madama de Palméne la resolucion de ir á pasar dos años en Paris. Se separó de su agradable soledad hácia fines de Setiembre, y luego que llegó á Paris alquiló una casa, en la que Eugenia echó ménos

muchas veces las deliciosas riberas del Indro y del Loira. Madama de Palméne volvió á ver con sumo gusto diferentes sugetos que habia tratado en otros tiempos. Entre estos distinguió sobre todos á un antiguo amigo de su marido, llamado el conde de Amilly, digno en efecto de esta preferencia por su mérito y virtudes. Viudo ya de muchos años, no tenia mas que un hijo único de edad de diez y ocho, y del que se acababa de separar por dos años. Este jóven, llamado Leoncio, habia ido á Italia, y debia seguir viajando por el Norte.

El conde de Amilly iba todas las noches á cenar con madama de Palméne; á las diez y média Eugenia se iba á acostar. Luego que se retiraba, el conde hablaba de ella, y era siempre haciendo su elogio. Admiraba igualmente sus talentos, su modestia, su reserva, y un cierto aire de dulzura y de franqueza, que daba un realce indecible á todas sus acciones. Despues solia hablar de su hijo, alababa su talento, su genio y su buen corazon. Madama de Palméne escuchaba con deleite el elogio de Eugenia. No oia pronunciar tan á menudo el nombre de Leoncio sin sentir alguna conmocion; y en estas conversaciones se olvidó várias veces la hora que era. El conde de Amilly continuó siempre sus visitas con la misma frecuencia, pero sin explicarse mas. Solamente un dia dijo : Mi hijo será rico, pues que yo lo soy; pero ántes de partir con él mis riquezas, le quiero enseñar á usar de ellas. Á su vuelta tendrá veinte años. Le casaré dándole una mujer amable, cuyas gracias, ejemplo y dulzura puedan hacerle cumplir con gusto todas sus obligaciones, y hacerle amar la virtud. Bien conocia madama de Palméne que este retrato se parecia al de Eugenia; pero considerando la gran distancia que habia entre su fortuna y la del conde, no podia persuadirse que este pensase realmente en su hija.

Habia ya cerca de dos años que madama de Palméne estaba en Paris, y Eugenia rayaba en los diez y ocho. Una noche entrando el conde de Amilly á ver á madama de Palméne, le pidió permiso para presentarle á su hijo, que acababa de llegar : al mismo tiempo entró un jóven cuyo aspecto era el mas noble, y acercándose á madama de Palméne, le hizo su cumplido de un modo al mismo tiempo afectuoso y tímido, que daba nuevo realce á su gracia natural. El conde y su hijo se quedaron á cenar. Leoncio habló poco; pero miró mucho á Eugenia, y no dijo una palabra en que no manifestase el vivo deseo que tenia de agradar á madama de Palméne.

Al dia siguiente volvió el conde con su hijo, y madama de Palméne dijo sin rodeos al conde, que se habia hecho una ley irrevocable de no recibir en su casa ningun sugeto de la edad de Leoncio. Pero, señora, respondió el conde, es menester no obstante que examine Vd. si puede convenirla... — ¿Cómo? ¿qué quiere Vd. decir?... — Pues qué, ¿no conoce Vd. que mi dicha y la de mi hijo dependen de eso?... Tómese Vd. tiempo para conocerle, y si tiene la fortuna de agradarle, se verán colmados nuestros deseos. No podia decirlo mas claro. Manifestó madama de Palméne al conde el agradecimiento que sus ofertas le inspiraban. No se empeñó positivamente hasta haber hablado á Eugenia, y tomar algunas informaciones particulares acerca del génio de Leoncio. Todo lo que le dijeron acerca de este, solo sirvió de aumentar el deseo que tenia de adoptarle por hijo; é instándola nuevamente el Conde á que le diese una respuesta positiva, no dudó en dársela. Arreglado todo, se firmó el contrato de casamiento; al dia siguiente Leoncio obtuvo gozosísimo la mano de la amable Eugenia, y al punto marcharon los novios y sus padres á una hermosa posesion que tenia el conde á diez leguas de Paris, y convinieron en no volver á la ciudad hasta fines del otoño.

Madama de Palméne estuvo tres meses con sus hijos; al cabo de este tiempo se vió precisada á dejarlos, porque queriendo establecerse para siempre en Paris, le era forzoso hacer un viaje á Turena para arreglar sus cosas. Aunque debia volver ántes del invierno, hubo de valerse Eugenia de toda su razon para tolerar esta dolorosa separacion. Su pesadumbre y melancolía despues que su madre partió, la hicieron aun mas estimable á los ojos de Leoncio. Encontraba cierto gusto contemplándola en aquel estado de abatimiento y de tristeza. Al ver correr sus lágrimas, se decia : ¡Qué grande será de aquí á algun tiempo el amor que me tendrá este corazon tan sensible y agradecido! No obstante, Eugenia por temor de afligir á Leoncio procuraba ocultarle su pesadumbre; pero se desquitaba de este esfuerzo con Valentina, aquella muchacha de que ya he hablado, y que habia sido la compañera de su niñez. El consuelo mayor de Eugenia era hablar de su madre, y escribirle todos los dias largas cartas, que contenian el pormenor mas circunstanciado de sus sentimientos, ocupaciones y recreos.

Ya habia cerca de dos meses que madama de Palméne estaba

ausente; en este espacio de tiempo no habia hecho Eugenia ni un solo viaje á Paris : en compañía de su suegro y marido solo deseaba la vuelta de su madre. Era Eugenia el único objeto de todos los pensamientos de Leoncio, y ella por su parte cada dia le queria mas. Iban con frecuencia á pasearse mano á mano por los bosques y campos; Eugenia hacia preguntas á Leoncio acerca de sus viajes, y tenia el gusto de instruirse escuchándole. Otras veces sentados en el márgen de un arroyo, solia Eugenia cantar algun romance; su voz suave y armoniosa atraia los pastores y segadores. Los unos dejaban sus trabajos, los otros desamparaban sus rebaños, y todos iban corriendo á oirla. Suspensia las labores, y hacia olvidar la fatiga. Una tarde reparó Eugenia entre aquel auditorio campestre en



un anciano que aun no habia visto. Su aspecto era tan venerable, y sus canas tan largas y blancas, que Eugenia entró en deseo de saber su nombre. Supo que se llamaba Jerónimo, y que tenia setenta y cinco años; que mantenía á una hermana paralítica, y que era abuelo de cinco criaturas huérfanas, á quienes sustentaba con su trabajo. La pensión que Eugenia tenia para sus alfileres era muy limitada. Su suegro poseia bienes cuantiosos, era noble y benéfico; pero queriendo hacer que su hijo y su nuera tuviesen arreglo y economía, tenia la prudencia y valor de no repartir sus riquezas con ellos.

« Cuando conozca, les decia, que sabéis emplear bien el dinero, entónces haremos bolsa comun; dentro de cinco años, por ejemplo, si de aquí á entónces estoy contento de vuestra conducta, me despojaré con sumo gusto á favor de un hijo económico y razonable; pero no abandonaré á un insensato y á un disipador mis riquezas, frutos de mi aplicacion y fatigas, y de que puedo disponer á mi gusto. » ¡Ah padre mio! respondia Leoncio, si me ha dado Vd. á Eugenia, ¿qué mas puede Vd. darme?

Eugenia por su parte no deseaba una pensión mayor que la que tenia. Cuando hay juicio y economía con poco dinero se hace mucho. Por tanto, siempre tenia Eugenia algun dinero con que satisfacer su generosidad y beneficencia. Pensando continuamente en el pobre viejo Jerónimo, al acostarse aquella noche dijo á Valentina que la enviaria á llevarle algun socorro. Al dia siguiente por la mañana el conde de Amilly fué, como acostumbraba, á desayunarse al cuarto de su nuera : Aquí tengo, le dijo, un billete de baile de máscara. Dentro de quince dias hay en Paris una soberbia funcion, y te han convidado. Yo quiero, hija mia, que vayas á ella; necesitas de un vestido de baile, aquí te le traigo. Al decir esto dejó el conde encima de la mesa un bolsillo con sesenta luisas. Luego que se fué llamó Eugenia á Valentina, y enseñándole el regalo que acababa de hacerle su suegro, le dijo : con cincuenta luisas me podré hacer un vestido bastante hermoso, y así voy á tomar de esta cantidad diez luisas para dárselos al pobre Jerónimo; tú, Valentina, irás á informarte al lugar si todo lo que me han dicho de este anciano es cierto, y si es así yo misma iré á llevarle este socorro.

Por la tarde volvió Valentina del lugar, y dijo á su ama, que no solo se habia informado en casa del cura y en la de varios aldeanos, sino que tambien habia ido á la del buen viejo; que habia visto á su hermana paralítica, que la estaba cuidando la mayor de los nietos de Jerónimo, niña de edad de doce años; que la enferma estaba en un cuartito bastante aseado, en una cama tal cual; que el pobre viejo dormia en el portal sobre un poco de paja; y que finalmente Jerónimo era el vecino mas hombre de bien y mas infeliz de todo el lugar, como tambien el mejor hermano y abuelo. Vamos, dijo Eugenia, aquí llevó el bolsillo que me ha dado mi padre, llevémosle al punto diez luisas. Al acabar estas palabras Eugenia agarró del brazo á Valentina, y salió con ella, haciendo decir á Leoncio, que estaba

jugando, que iba á pasearse hácia la isleta de los Álamos, á ver trabajar á los segadores. Llegaron al campo en donde Jerónimo trabajaba regularmente hasta puesto el sol. Viendo que por ninguna parte parecia, preguntan dónde estaba, y les dicen, que rendido del calor y cansancio habia ido á descansar un rato á la sombra, y estaba durmiendo á la orilla del arroyo junto á la cerca de los escaramujos. Eugenia y Valentina se encaminan hácia aquel lado; al cabo de un instante descubren de léjos un anciano dormido y rodeado de sus nietos. Se acercan poco á poco por no despertarle, y se detienen á alguna distancia para contemplar el espectáculo mas



interesante y tierno. El pobre anciano dormia profundamente : una pulida niña de ocho á nueve años ataba con mucho tiento su delantal á las ramas de los escaramujos para hacer un toldo que le resguardase del ardor del sol; uno de sus hermanos le ayudaba en este trabajo, en tanto que los otros dos con unas ramitas de álamo en las manos, puestos de rodillas cada uno á un lado del abuelo, se ocupaban en espantar las moseas y mosquitos que se acercaban á su cara. Luego que la niña vió á Eugenia le hizo seña con la mano que no metiese ruido. Eugenia se sonrió, y acercándose en puntillas abrazó á la chiquita, y le dijo en voz baja : Tengo que hablar con tu abuelo luego que despierte. Véte allá bajo á jugar con tus hermanitos, y volverás cuando yo te llame. La chica puso alguna repugnancia en apartarse, como tambien los chicos, que no quisieron irse

hasta que Eugenia y Valentina les prometieron que espantarían con todo cuidado las moscas como ellos hacian.

Hecho este convenio les entregaron las ramas de álamo, y sentándose cada una á un lado del abuelo, en un instante desapareció la familia menuda. Entonces Eugenia, sacando de la faltriquera el bolsillo, le puso sobre sus rodillas para sacar los diez luises. Despues temiendo hacer demasiado ruido al contar el dinero se paró, y echando la vista sobre el anciano le miraba enternecida... ¡Con qué descanso duermes, dijo, pobre viejo!... ¡qué presencia tiene tan venerable! Setenta y cinco años, ¡qué edad!... en todo este largo espacio de años ¡qué fatigas no habrá tolerado! Y aun ahora que le van faltando las fuerzas se ve obligado á trabajar sin cesar. Al decir esto Eugenia dejó caer algunas lágrimas. Piense Vd., señora, le dijo Valentina, en la alegría que le va Vd. á dar con esos diez luises... — El don de esta corta cantidad, replicó Eugenia, no puede hacer su felicidad. ¡Oh qué dulce me sería asegurar la tranquilidad de los dias que le quedan que vivir! ¡Con qué placer se despertaría! Diez luises solo serán un alivio momentáneo, pero cincuenta le remediarían del todo. ¡Cincuenta luises!... ¡El precio de mi vestido!... ¡Y qué gusto tendré con él? Apenas repararán en él; veré ciento mejores que el mio... ¿Crees acaso, Valentina, que cuando esté con un vestido guarnecido de franjas de oro y de talcos pareceré mas hermosa á Leoncio? Hoy mismo le he parecido tan bien, y no obstante solo tengo puesto un baquero blanco, y algunas flores que él mismo me dió esta mañana. Valentina mia, con diez luises podré hacerme un vestido nuevo, sencillo á la verdad, pero que me sentará mejor que otro mucho mas costoso : algunas flores y gasas son mas propias de mi edad; ¿qué te parece?... — Yo, señora, confieso á Vd. que tendria mucho gusto en verla bien compuesta... — ¡Ah! Valentina, repara en este anciano y abandonarás esa idea tan vana. Figúrate, pues, la satisfaccion que yo tendria en librar de la miseria á este buen padre de familias... Valentina, ¡con qué contento cenaria esta noche rodeado de sus nietos! ¡Con qué gozo tan puro los abrazaria, y recibiria sus caricias!... Y yo mañana por la mañana podria escribir todo esto á mi madre... ¡Oh madre mia! ¡qué feliz sería al leer esta carta!... — Pero, señora, será Vd. notada por la única de la funcion que vaya vestida tan sencillamente; esto podrá desagradar al señor conde... y puede ser que á mi amo

tambien... — No obstante, son tan buenos y benéficos... Vamos, Valentina, yo consultaré á Leoncio. Nada debo hacer sin su consentimiento. Pero apartémonos de aquí, porque la vista de este buen viejo me causa unas tentaciones á las que no podría resistir. Ven, vamos á buscar á Leoncio, y despues volveremos. Al decir estas palabras iba Eugenia á levantarse, cuando oyó detras de sí ruido en las hojás, y volviendo la cabeza vió á Leoncio, que saliendo de entre las zarzas se arrojó en sus brazos. Á poco rato que Eugenia habia salido de casa habia él hecho lo mismo, yéndola á buscar; y sabiendo que Eugenia andaba en busca de Jerónimo, no dudó que sería para darle algun socorro. Leoncio, pues, siguiéndola se habia estado escondido detras de la cerca para escuchar la conversacion de Eugenia y del anciano, y desde allí, aunque Eugenia hablaba en voz baja, como el espacio que los separaba era muy corto, no habia perdido ni una sola palabra de cuanto habia dicho. ¡Oh adorada Eugenia! exclamó arrojándose en sus brazos... Todo lo he oido. Pensando en los medios de asegurar la felicidad de este anciano has hecho tambien la mia, puesto que la conversacion que acabo de oír me hace conocer hasta qué grado mereces ser querida.

Aun la estaba hablando Leoncio cuando Jerónimo despertó. Al punto Eugenia se desase de entre los brazos de Leoncio, y se acerca al anciano. Este la mira con admiracion, y por respeto quiere levantarse. Eugenia le insta á que se esté quieto. Él lo rehusa, añadiendo: Tengo que ir á trabajar. No, dice Eugenia, descanse Vd. hoy... — ¿Y mi jornal?... — Yo lo pagaré... Tome Vd. este bolsillo; ojalá le sirva de igual satisfaccion á la que yo experimento al dárselo. Al decir esto Eugenia, enternecida y con cierto género de respeto, se inclina, y pone en las manos temblonas de Jerónimo la bolsa, que contenia cincuenta luisas. Leoncio de pié enfrente de Eugenia la contempla como arrebatado. Jamas le habia parecido tan hermosa. Nunca habia hecho en su corazon una impresion tan dulce y profunda.

Entre tanto, el anciano mira y vuelve á mirar con pasmo el bolsillo abierto puesto sobre sus rodillas. En su vida habia visto una suma tan fuerte. Se estriega los ojos, teme aun estar dormido, ó juzga que está soñando. Eugenia callando disfruta deliciosamente de lo sumo de la admiracion de aquel pobre hombre. En fin, Jerónimo juntando las manos y levantándolas al cielo: Pero, Dios mio,

exclamó con voz trémula, ¿qué he hecho yo para merecer premio tan grande? Al decir esto levantó la cabeza, y mirando á Eugenia con los ojos arrasados en lágrimas: ¡Ah señora, continuó, Dios quiera para recompensarla á Vd. darle hijos que se le parezcan! No pudo continuar; sus lágrimas embargaron la voz. Á este tiempo todos los nietos de Jerónimo volvieron corriendo. Eugenia le pidió que escondiese el bolsillo, y á nadie dijese lo que habia pasado hasta que ella le diese licencia para ello. En seguida volvió Eugenia á abrazar á Simonita, y despues de haberse despedido del buen viejo se encaminó con Leoncio hácia su casa. No quiso dar parte á su suegro de lo que habia pasado hasta despues de haber ido á la funcion arriba dicha por temor de que el conde no le regalase otro vestido de baile. Llegó en fin el dia de este. El conde se quedó en el campo, y Eugenia acompañada de una de sus parientas, y de su marido, fué á Paris. Solo ella atrajo y se llevó la atencion de todos en el baile, no solo por su hermosura, sino tambien por la graciosa sencillez de su vestido, que la distinguia de todas las demas; no habia en su adorno oro, perlas ni diamantes: no le incomodaba el vestido, y así alcanzó los premios del baile y de la hermosura. El dulce recuerdo del anciano aumentaba su alegría y su gracia natural; y considerando á menudo la loca y excesiva magnificencia de las jóvenes de su edad, se decia á sí misma: ¡oh cuánta lástima me causan! No conocen estas la verdadera alegría.

Al amanecer se retiró del baile con Leoncio, y se volvieron á la quinta. Este deseaba que su padre la viese con el vestido de baile, y no veia la hora de contarle el suceso de Jerónimo. Como le conocia bien, disfrutaba de antemano el gusto que le causaria esta narrativa. En efecto, el conde la oyó con igual alegría y enternecimiento. Dió repetidos abrazos á la amable Eugenia, y desde aquel instante la estimó mas que si hubiese sido su hija. Leoncio y Eugenia fueron al dia siguiente á ver á Jerónimo: díjole Leoncio que tomaba á su cargo la colocacion de sus dos nietos Simonita y su hermanito mayor; la primera la pusieron en Paris en casa de una costurera; y al segundo en la de un ébanista; y para completar la felicidad del buen viejo, el conde le regaló una vaca y una fanegada de tierra inmediata á su choza.

La madre feliz de Eugenia, madama de Palméne, que ya venia

de camino de vuelta de la Turena, recibió en él la carta que contenía estos pormenores.

No es posible, hijos míos, que en vuestra edad podáis comprender el gozo que causaría semejante carta en el tierno corazón de una buena madre. En fin, la sensible y hermosa Eugenia se volvió á ver en los brazos de madama de Palméne, que acabó sus días en compañía de una hija tan digna de su amor. Siempre fué Eugenia las delicias de su madre, esposo y familia; su corazón y la estimación pública le daban la justa recompensa debida á sus virtudes y conducta. Y para colmo de sus dichas oyó el cielo las oraciones del buen Jerónimo, dándole hijos que se le parecieran, y que le hicieran disfrutar de toda la felicidad que ella había hecho sentir á su buena madre.

Aquí calló la Baronesa, y la Marquesa dijo: Decidme, hijos míos, ¿os ha gustado esta historia? — Muchísimo: y yo procuraré parecerme con el tiempo á la amable Eugenia. — Y yo también, porque hizo feliz á su madre. — Y yo, dijo César, imitaré á Leoncio... pero ahora que le nombro, permitame Vd., mamá, que le pregunte una cosa. Leoncio escondido detrás de la cerca escuchaba lo que hablaba su mujer: ¿no es esta una indiscreción? — Mucho me alegro de que pienses así; tu reparo es muy justo, porque aunque es cierto que Leoncio sabía muy bien que Eugenia no hablaría sino cosas relativas al anciano, y que no tenía secretos que comunicar á Valentina; con todo, siempre hizo mal en ocultarse para oír la conversación. Cuando una acción es mala por sí, no debemos hacerla por fuertes que sean las razones que tengamos para ello. Procuraré, hijos míos, haceros conocer *lo que es bueno* y *lo que es malo*: y cuando hayáis adquirido este precioso conocimiento, sé fijamente que amaréis la virtud, porque no hay cosa más amable que ella, y aborreceréis el vicio: entonces, si queréis ser felices y estimados, debéis deciros: nunca haré una mala acción, sea el que fuese el motivo, la intención y las circunstancias que puedan disculparme para conmigo mismo.

Diciendo esto se levantó la Marquesa, y cada uno se fué á su cuarto. No pensaba madama de Clemira cuando se acostó en la pena cruel que la esperaba á la mañana siguiente. Las noticias que en los dos meses últimos había recibido de París y del ejército la persuadían á que se haría la paz antes de empezarse la campaña.

¡Pero cuál fué su dolor cuando á las ocho de la mañana recibió cartas en que le decían que los dos ejércitos estaban al frente uno del otro, y que se daría la batalla sin remedio!

Luego que los niños supieron esta noticia acompañaron á su madre en su pena é inquietud: todos los juegos se olvidaron, se acabaron las diversiones, y las horas de recreo se pasaron entre la aflicción y el llanto. Quince días duró esta cruel situación. En fin, el día último de Abril, estando los niños oyendo leer al abate un capítulo del Evangelio, de improviso oyeron ruido de voces interrumpidas y gritos confusos. Conocen entre ellos la voz de la Marquesa, y al instante se arrojan hácia la puerta trémulos y desparvoridos, y al abrir se hallan en los brazos de su madre, que á voces les dice: *Hemos ganado la victoria, y vuestro padre está bueno*. Al oír esta nueva los niños, bañados en llanto se abrazan á un tiempo de su madre, y sin hablar, con sus lágrimas manifestaban el gozo que esta nueva les causaba. La Marquesa apoyada sobre su madre, y estrechando á sus hijos contra el pecho, presentaba á la familia (que había acudido al oír la noticia) el más dulce espectáculo.

Después de un poco de silencio, interrumpido á veces con las lágrimas que hacía verter el gozo, se sentó la Marquesa en medio de su feliz familia, y leyó en alta voz las cartas que acababa de recibir. Las noticias individuales que contenían, dieron nuevo fomento á la alegría que todos disfrutaban, pues por ellas se podía creer que la paz sería el fruto de la victoria.

La tranquilidad y la dicha hicieron renacer en la Quinta la alegría, los juegos y las diversiones. Este día tan feliz era justamente el señalado para *plantar el Mayo*. Se determinó que esta función se hiciese en la plaza misma de la Quinta, y se aguardó con impaciencia la hora en que debía comenzar esta fiesta campestre. Al irse á levantar de la mesa se oyeron los instrumentos del lugar; al punto bajaron corriendo los niños á la plazuela en donde estaban ya los músicos y toda la gente joven de la aldea: los mozos en chupas blancas atacadas y adornadas con cintas se pusieron al rededor del *Mayo* tendido en el suelo, y teniendo en la mano las cuerdas con que le habían de levantar cuando se hiciese la señal de plantarlo. Á este tiempo se acercaron las mozas, cada una con su cesta llena de flores para adornar el *Mayo*: una le pone un ramillete, otra una guir-

nalda : en un momento quedó el árbol cubierto de mil clases de flores, y lleno de coronas de violetas, narcisos y anémonas. Hecho esto, los dos labradores mas antiguos del pueblo se acercaron con mucha gravedad, cada uno con su botella en la mano, y regaron con vino el pié del árbol. Despues de esta ceremonia brindaron á la salud del señor; César, segun costumbre, hizo las veces de su padre, y por consiguiente hizo la razon á los bríndis; se acercó á ellos con mucha seriedad, tomó un vaso medio lleno, y despues de haberlos saludado se lo bebió con mucha gracia. Al punto empinaron el *Mayo*, y seguidamente, agarrándose los mozos y mozas de las manos, bailaron haciendo rueda, y cantando mil coplillas en alabanza del *florido mes de Mayo*. César, Carolina y Pulqueria se mezclaron en el baile, y repetian los estribillos de las coplas con mucha fiesta. Despues del baile en rueda, se ejecutó la danza de las *saltadoras*¹, y se dió fin á la funcion jugando al Marro.

Como era César mas ágil y robusto de lo que se podia esperar de su edad, lució muchísimo en este juego, porque sus lances proporcionan la ocasion de manifestar ligereza en alcanzar á los contrarios; habilidad y maña engañando al que persigue; buena fe condenándose á sí propio en los lances dudosos; y finalmente, valor y generosidad, exponiendo su libertad para darla á los prisioneros de su bando. Para completar el júbilo de este dia no faltaba mas que una velada; pero la Marquesa prometió una para el dia inmediato; y ántes de acostarse se dispuso que á la mañana siguiente todos se levantarian al rayar el alba para dar un buen paseo por el campo. En efecto, apénas empezó á amanecer cuando se vistieron los niños, y al punto salieron con su madre de la Quinta, sin mas comitiva que el fiel Morel.

Despues de una hora de paseo se acordaron los niños de que aun no habian almorzado : estaban distantes de la Quinta tres cuartos de legua, y el hambre los apretaba; por cuyo motivo se resolvió buscar alguna choza ó casita en donde hubiese leche. Morel dijo que allí cerca habia una, y al punto siguieron los niños con prisa y alegría el camino que les indicaba. Al cabo de média hora llegaron á la choza en donde extrañaron ver mucho bullicio y regocijo, y tnos treinta labradores, todos con sus vestidos de dias de fiesta.

¹ Baile rústico muy comun en la Borgoña, como en Vizcaya las *Carricadanzas*, y el *Periquito* en tierra de Toledo y parte de la Mancha.

Aquella misma mañana se habia casado una hija del labrador dueño de la casa; acababan de llegar de la iglesia, y estaban preparando la comida. La Marquesa y sus hijos entraron en el huerto y se sentaron sobre la yerba : inmediatamente vino la novia con un tarro de nata de leche, y rico pan casero. Carolina, despues de haber sabido por una seña que su madre lo permitia, se quitó una cruz de oro que tenia puesta al cuello, y la puso en el de la novia á tiempo que se inclinaba para presentarle el tarro de nata. La muchacha se puso colorada, y mirando á la Marquesa rehusaba admitir el regalo; pero madama de Clemira le dijo : Mariquita, no des que sentir á Carolina no tomando esa corta expresion, y vé á decir á tu padre que para el domingo convidó á toda la gente de la boda á comer en mi casa. Loca de contento con esta noticia, y mucho mas impaciente por enseñar su cruz de oro á todos, echó á correr Mariquita, sin acordarse de dar las gracias á Carolina. No tardó en volver con su padre, y despues de mil expresiones de agradecimiento se volvieron á la choza. Mamá, dijo entónces Carolina, me parezco á Vd. en lo mucho que me gustan los aldeanos... ¡Qué graciosa es Mariquita! ¡Qué modesta! ¡Y qué bonita está cuando se pone colorada!... La leche que nos ha dado es muy buena... y el pan tambien... ¡Qué alegría tan grande han recibido con el convite de Vd.! Creo seguramente que echarán mil bendiciones á la casualidad que nos condujo á su casa... — Este suceso me acuerda un caso que he leído en la historia de Rusia. — Ah mamá, cuéntenoslo Vd. — Con mucho gusto; es como sigue :

El zar Iwan se disfrazaba algunas veces para saber de un modo cierto lo que el pueblo pensaba de su gobierno. Un dia que se paseaba solo por los alrededores de Moscou llegó á una aldea, y fingiendo hallarse sumamente fatigado pidió le hospedasen : iba cubierto de andrajos, y toda su traza anunciaba la mayor miseria; pero lo que hubiera debido excitar la compasion, y obligar á recibirle, solo sirvió para que se lo negasen. Lleno de indignacion por la dureza de aquellos perversos habitantes iba á dejar la aldea, cuando advirtió que habia una casa á la cual no habia llegado. Era el hogar mas pobre y mas reducido de la aldea. Acercóse allá el emperador y llamó á la puerta : al instante salió un hombre á preguntar al forastero lo que queria. Yo me muero de hambre y de cansancio, respondió el zar; ¿puede Vd. recogerme por esta noche?